

VIAJE AL PARAISO DE NUESTRAS AVES ACUATICAS

POR JOSE A. PEREYRA

Invitado por nuestro consocio y amigo señor Ronald M. Runnacles, cuya amable familia nos colmó de atenciones, tuve ocasión de conocer los lugares más apropiados para la nidificación de aves acuáticas y de paso, visitar los lugares donde el distinguido ornitólogo aficionado señor Ernesto Gibson hizo sus colecciones y observaciones, que se encuentran en el Museo de Londres, y que fueron publicadas en « The Ibis ». Nuestro consocio doctor Jorge Casares actualmente está traduciendo esas observaciones para EL HORNERO, ampliadas con otros datos de esa zona tomados por el señor Runnacles. Felizmente esos lugares, por sus características naturales, no dudo que seguirán por muchísimos años en esas condiciones, siendo una suerte para la protección de esas hermosas aves.

El 21 de Noviembre de 1936 fuimos con mi señora, en tren, hasta Dolores, y al pasar la laguna de Chascomús y otros lugares de baño, notamos que estaban desiertos de aves, sólo vimos alguna que otra gallareta y algunos casales de chajá. Dolores, tranquila ciudad modernizada, pero conservando aún sus casas solariegas, de amplios patios floridos, tiene una hermosa plaza que era una rosaleda por la variedad y profusión de sus flores. Ahí visitamos una familia cuyos hijos, afectos a las ciencias naturales, tienen un museíto en preparación, con materiales de la zona, entre los cuales unos 50 ejemplares de aves, bastante bien preparados, y siendo de notar, entre ellos, un cuervillo albino, una bandurria *Molybdophanes caerulescens*, un *Nystalus maculatus striatipectus*, traído de Córdoba junto con un joven de *Buteo albicaudatus*, el que está colocado sobre un fósil encontrado en el lugar, que le sirve de pedestal. De ese hallazgo se comunicó al Museo Argentino de Ciencias Naturales, cuyo Director, con un empleado, extrajo diversas piezas conjuntamente con unas variedades de moluscos bivalvos vivos muy interesantes.

De Dolores, célebre por sus duraznos, y donde se halla un hermoso parque de agronomía, salimos rumbo a General Lavalle, en un Ford manejado con mano maestra por la señorita Runnacles, que en una hora y 25 minutos nos llevó a su establecimiento « La Esperanza », por un camino terraplenado de conchilla, donde en algunos lugares, sobre la pared del desmonte, vimos infinidad de cuevas hechas por las *Geositta*, y que en esos

momentos estaban ocupadas por la pequeña golondrina *Pygochelidon cyanoleuca patagonica*, de la cual recogimos algunos huevos. Luego tomamos un camino que costea uno de esos grandes canales que sirven de desagüe a los bañados de la zona, camino no tan bueno en tiempo de lluvia, pues está hecho con esas tierras gredosas que son un peligro para los autos. Pasamos por el nuevo establecimiento de 10 leguas de campo del señor Duhau y por « El Palenque », habiendo recorrido 26 leguas.

« La Esperanza » es la propiedad del señor Mauricio Runnacles, vecino desde hace 40 años, y que ha sido un « pioneer » por su laboriosidad. Es un representante de esa raza fuerte que no sólo nos trajo capitales, sino también algunos hombres que, como él, se radicaron en épocas difíciles, formaron sus hogares y cuyos hijos cumplen como buenos ciudadanos, gustosamente, su servicio a la Patria. Su hermosa mansión, con su jardín y parque, conserva parte del monte natural de talas, coronillos, sombra de toros y otros árboles. Son las terminaciones por ese lado de los talares que comienzan al salir de la Magdalena y que, siguiendo por la costa de San Borombón, pasan por Madariaga, llegando casi hasta el cabo San Antonio. Ese monte natural ha sido destruido en parte para leña y carbón; pero los pocos propietarios que los conservan tienen en ellos además de buena leña, un refugio seguro para sus haciendas.

Toda esa zona es puramente ganadera, donde hay grandes extensiones de campos de bañados, con extensos juncales, cruzados por cañadones, los que desaguan en los ríos y canales que salen a la costa del Atlántico. Son los lugares favoritos para las aves acuáticas, que este año tuvieron abundante agua por las lluvias de la primavera y pudieron nidificar en profusión y en colonias que describiré.

Hay lugares de cangrejales y espartillares imposibles de entrar si no es de a pie; lugares favoritos de las gallinetas: *Rallus maculatus*, *R. rythrinchus*, *R. antarcticus* y *Porzanas*, donde anidan conjuntamente con los *Pseudoleistes virescens*, pecho amarillo, *Siptornis hudsoni* y *S. maluroides*, *Lichenops perspicillata* y la *Xolmis dominicana*; más escasa, pero único lugar de la provincia donde se ven ejemplares de esta última especie.

En esos lugares hay bañados apropiados para que aniden las tres gallaretas, sobre las aguas tranquilas, entre los juncales, junto con la *Gallinula galeata* y el *Porphyriops melanops*; los tres macás: *Aechmophorus major*, *Podilymbus podiceps* y *Podiceps americanus* en las abras de agua entre los juncales; la garcita *Xobrictus* a los costados de los cañadones a la orilla casi de los juncos; y señalamos 10 especies de patos que anidaron en la zona: *Mareca sibilatrix*, *Metopiana peposaca*, *Dendrocygna fulva*, *Querquedula versicolor* y *Q. cyanoptera*, *Nettium brasiliensis* y *N. flavirostris*, el *Nomonyx dominicus*, la *Erismatura vittata* de huevos grandes, alargados, blancos, y tan ásperos que en ellos puede encenderse un fósforo, y el *He-*

teronetta atricapilla del cual se encuentran huevos en cuanto nido de otras aves acuáticas hemos revisado, siendo interesante encontrarlos en los de ciertas aves como las garzas, donde pueden peligrar sus pichones.

Los chajáes, en casales, anidan en la espesura de esos junciales, y ponen 5 ó 6 huevos, cuyos pichoncitos, de plumón amarillo y muy compacto, son una monada por lo humildes y dóciles para criar (comiendo vegetales desde que nacen), y que, por la gran cantidad que hay, son considerados perjudiciales para los alfalfares, no solamente por lo que comen, sino por lo que pisotean y por sus deyecciones, que la queman. Sólo en esa zona son abundantes, pues en otros lugares de bañados de la provincia son bastante escasos.

El gavilán *Circus maculosus* es muy común y anida entre los pastizales y espartillares, donde tiene su alimento abundante, los cuises. Se ve, aunque no tan común como su congénere, el *Circus cinereus*, enemigo de perdices y palomas. Abunda en los campos altos el chorlo, *Pluvialis dominicus*, y en las costas de los cañadones el *Totanus flavipes* y *T. malaroleucus*. En los lugares de más agua el *Micropalama himantopus* y *Steganopus tricolor*. En las playas del río Ajó se ven grandes bandadas del *Pisobia maculata* y *P. fuscicollis*, especialmente de este último.

General Lavalle, distante dos leguas de « La Esperanza », es un pueblo que tuvo su apogeo cuando funcionaban los saladeros, cuyas cargas se hacían por el río Ajó hasta el océano; hoy está muerto por el cierre de esos negocios, debido a la instalación de frigoríficos. Tiene telégrafo pero carece de línea férrea; felizmente el camino costanero pasa cerca.

En la playa que linda con el pueblo, vimos una gran bandada de raya-dores, *Rynchops*, los que han de anidar cerca del océano por Ajó y Tuyú, junto con el ostrero, *Haematopus ostralegus durnfordi*. También ahí anidan en cantidad la *Limosa hemastica*, en sus dos coloraciones de joven y adulto, y bandadas del *Larus dominicanus*.

El 24 pasamos el día visitando la estancia « Los Ingleses », de don Tomás Gibson, la más antigua de la zona, fundada en el año 1825, según reza en el marco de una puerta del comedor del primitivo edificio. Hay que imaginarse lo que costaría en esa época llegar hasta ese lugar, y los días que habría que emplear en galeras teniendo que esperar muchas veces que bajasen las aguas de los ríos, arroyos y cañadones para poderlos vadear.

Ahí fué donde su nieto, Ernesto Gibson, destacado ornitólogo aficionado, hizo sus colecciones y observaciones durante muchos años, y aun se conservan en el salón de billar los muebles en que las guardaba con verdadero cariño de aficionado, encontrándose en sus cajones algunos huevos y el aparato para medirlos y sobres con mariposas con inscripciones de su propia mano, y, dicho sea de paso, con una hermosa letra. Su dormitorio está tal cual lo dejó desde el día de su muerte, con sus muebles antiguos y su lecho de columnas labradas. Esa casa, de tantos años, con sus pisos

embaldosados, se conserva en perfecto estado. El jardín, de trazado antiguo, con sus canteros bordeados de boj, sus viejos árboles forestales y frutales, conservándose entre ellos un aoso pino, una de cuyas ramas sale de su tronco inclinada por su propio peso y se entierra en parte para luego levantarse en frondosa copa, y que los vecinos viejos han conocido así. La avenida de eucaliptos, hermosos ejemplares que algunos miden en su pie hasta 10 metros de circunferencia, y que nos conducen hasta la nueva mansión, más moderna, aunque también de muchos años, en cuyas galerías, cubiertas de enredaderas florecidas, encontramos anidando las tres especies de palomas: *Columbina picui*, *Zenaida auriculata* y *Leptotila*, y también un nido de picaflor verde y otro de cabecita negra. Frente al edificio hay una gran pajarera, en alto, con piso de madera y techo de alambre tejido, cubierta toda por madreselvas, donde encontramos dos nidos de picaflor, uno con huevos y el otro con pichones, y en una rama colgante un joven picaflor muerto, prendido de la rama como disecado, y que he traído como recuerdo de la pajarera de Gibson. Luego el gran parque, sobre un lugar medanoso, donde alternan los árboles naturales, como talas, coronillos, sombra de toro, con los exóticos, y en un costado de él, un alto mirador de madera hecho con una escalera de un barco que naufragó en la costa, por la cual se sube a su alta plataforma, desde donde se domina una gran extensión. Desde ese mirador el ornitólogo Wetmore, que en 1920 pasó quince días en la estancia, sacó una foto, que figura en su libro, y que a mi modo de ver, no eligió la mejor vista, que sería la que da a su espalda y costados, formada de montes naturales.

Aun se conserva un enorme caldero de hierro con su chimenea y hornalla, usado antiguamente para derretir grasa, que luego de envasada en barriles, era transportada en canoas tiradas por caballos por esos cañadones hasta el río Ajó.

Ahí en ese monte he visto las verdaderas colonias de cotorras con sus voluminosos nidos sobre los altos eucaliptos; algunos con 6 y 7 nidos, habiéndoles contados a algunos de ellos hasta 16 bocas de entrada, o sean 16 parejas. Había muchos nidos viejos ya deteriorados por las lluvias y los vientos, otros caídos en el suelo, y los nuevos o reconstruídos con su boca mirando hacia el suelo o al costado. Aquello era un bullicio infernal. Estaban en el comienzo de la postura y algunos nidos tenían uno o dos huevos; otros, en construcción, llevando a ellos ramas espinosas de coronillos, los cuales crecen bajos, tupidos y coposos, pues ellas les cortan las ramas nuevas. Entre esas ramas tupidas, aprovechan para anidar la calandria, el pecho amarillo, el frutero, *Thraupis bonariensis*, y el siete vestidos, *Poospiza nigrorufa*. Esos nidos viejos de cotorras, algo deteriorados, con ancha abertura en alguno de sus costados, son los que aprovecha para anidar el patito, *Nettium flavirostris*, que comienza su postura en el mes de Julio encontrándose huevos hasta Septiembre, poniendo hasta

8 huevos, y haciendo también nidos en los pastizales de los bañados. La cotorra, si no hace uno nuevo, aprovecha esos nidos viejos estrechándoles la abertura y alargándola hacia su parte final que mira al suelo o al costado inferior.

El pequeño y bonito niotíltido, *Compsothlypis pitiyumi*, que en la región del Delta siempre lo he visto en invierno, ahí es común, y encontré un nido hecho sobre una ramita en un emparrado de tamariscos, muy delicado y tenue, con cerditas y pocas plumitas, del que, medio deshecho tal vez por el viento, habían caído al suelo, rompiéndose, los dos huevitos que contenía. También vimos en el lugar: la *Polioptila dumicola*, *Serpophaga subcristata*, *Satrapa icterophrys*, *Sporophila caerulescens*, *Sicalis Pelzelni* en casales, siendo los machos en color de adultos; el chingolo, el *Tanagra bonariensis*, que aprovechaba de los frutos del coronillo; abundan los cabecitas negras, los horneros, los tres *Molothrus*, el *Leistes militaris*, los cucúlidos, *Guira guira* y *Coccyzus melanocoryphus*; las golondrinas, *Procne tapera*, *P. chalibea domestica*, e *Iridoprocne leucorhoa*; el benteveo, churrinche, *Elaenia albiceps parvirostris*, *Phacetodomus striaticollis*. Abunda el picaflor *Chlorostilbon aureo-ventris*, que a simple vista me pareció distinto del de los alrededores de Buenos Aires, algo más grande y todo verde intenso uniforme no viéndosele al sol los reflejos dorados; el halcón peregrino se ve sobre los altos eucaliptos, y como el suelo es medanoso hay abundancia de tucu tucus, los que son aprovechados por las cigüeñas que van debajo de esos árboles a buscarlos; y en la tranquera de la entrada al parque, como un guardián posado sobre la misma, estaba un carancho, que tenía su nido con pichones grandes, en las ramas de un eucalipto, que son muy abundantes en el lugar.

Luego de almorzar en compañía de los amables moradores, sobrinos de don Ernesto, fuimos a visitar dentro del mismo campo una colonia de garzas y espátulas. En auto llegamos hasta la orilla del juncal, y ahí, con mi amigo Runnacles, entramos de a caballo hasta unos 400 metros, donde estaba la colonia, después de atravesar unos cañadones donde nadaban los caballos y en partes el agua llegaba a la barriga. El juncal era espeso y tendría una altura de más de dos metros, pues mi señora, que se quedara en la orilla, no nos veía, a pesar de ser los caballos altos. Se daba cuenta por donde andábamos al ver volar esas aves por sobre nosotros, quedando sólo nuestra entrada en zig-zag en ese tupido matorral. Al acercarnos veíamos por entre los juncos las garzas y espátulas echadas en sus nidos, las que al aproximarnos, sorprendidas, remontaban vuelo bajo por sobre nuestras cabezas. Muy pocas personas habrán tenido la dicha de presenciar un espectáculo igual. En medio de ese juncal, en un abra hecha por las mismas aves al construir sus nidos, pues voltean esas plantas para sobre ellas, y con los mismos tallos, construirlos, de manera que pocas plantas quedan en pie, y en una extensión de 200 metros de ancho por

300 ó 400 de largo, vimos los cientos de nidos, unos al lado de otros, con espacio apenas para que pasara con precaución el caballo; todos con huevos o pichones en distintos estados, y ver sobre nosotros esa nube de aves blancas y rosadas, era aquello un espectáculo encantador.

La colonia fué iniciada por las garzas moras *Ardea cocoi*, que ya tenían los pichones más grandes, algunos voladores y otros aún en el nido, los que cuando chicos, son los más lindos con sus plumoncitos blancos sobre la cabeza y el cuerpo con el tinte de los adultos, teniendo su pico inferior amarillo y el superior de distintos tonos amarillo verdosos. Luego vinieron

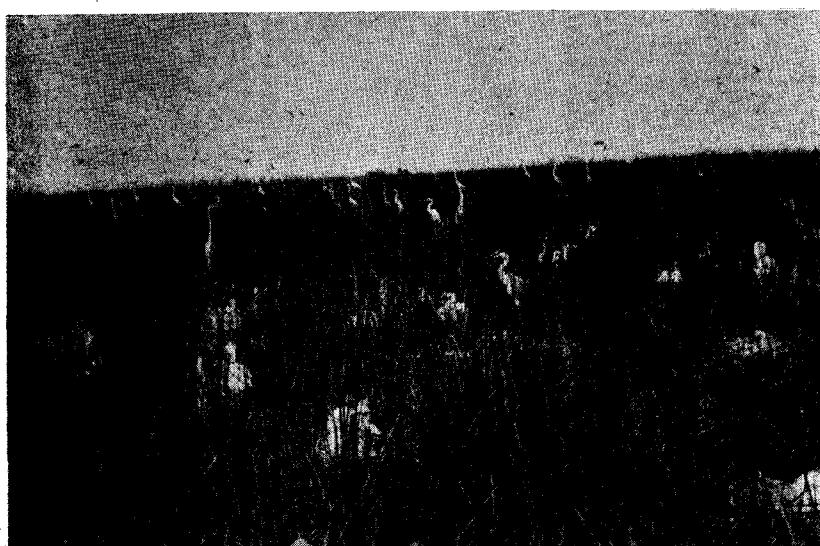


FIG. 1.—Vista parcial del bañado en Ajó (Gral. Lavalle) con una colonia de garzas, *Casmerodius albus egretta*, *Ardea cocoi*, *Ajaia ajaja*, en época de nidificación.

las garzas blancas, que se adhirieron a la colonia, las que estaban con pichones más chicos, de color igual a los adultos, sólo el pico más amarillo fuerte; y por último se agregaron las espátulas, cuyos nidos tenían 5 y 6 huevos cada uno, y algunos pocos con pichones recién nacidos. Estos, casi pelados, de piel rosada, y con el pico como el de un patito, sin tener su forma, que adquieren al ir creciendo. En uno de esos nidos vimos un patito parásito, *Heteronetta atricapilla*, que recién nacido se tiró del nido al agua y trataba de alejarse rápidamente. Pudimos recogerlo, poniéndolo en una canasta abierta que llevábamos para colocar huevos o pichones, teniendo luego que llevarlo entre la camisa, pues trataba siempre de escaparse. Es el pato más salvaje que conozco; he criado otros patitos, unos sacados con gallinas y otros cazados de chiquitos, y todos ellos se hicieron muy dóciles; pero este pato parásito no quiso ni comer, murién-

dose a los tres días de cautiverio. Es curiosa la vida de estos patos; de adultos se ven en casales en las lagunas tranquilas, entre los juncos, como buenos esposos, y sin embargo no anidan, poniendo en cuanto nido hallan de otras aves acuáticas que conviven con ellos. Los pichones es difícil saber cómo se crían, pues es de suponer que no podrían criarse cerca de las garzas, pues serían sus víctimas, y por eso ese pollito trataría de escapar lo antes posible, viviendo luego solo o juntándose a las crías de otros patos o gallaretas.

A propósito de patos quiero relatar un curioso caso de nidificación. Hace 7 años, la señorita F. Runnacles, que es muy amiga de las aves y



FIG. 2. — Bandadas de garzas y espátulas revoloteando encima del bañado.

que siempre saca crías de aves silvestres por medio de gallinas pigmeas, sacó pichones del pato picaso, *Metopiana peposaca*, y luego ya grandes se fueron a los bañados. Una hembra de esa saca todos los años anida en el jardín de la casa, y este año tenía su nido bien oculto entre unas plantas de malvones y otras enredaderas que cubrían la pared. Es curioso que, teniendo un mundo por delante de lugares especiales y tranquilos para anidar, lo hiciera 6 años seguidos en ese lugar. Al acercarnos graznaba y trataba de picar, saliendo de mañana a alimentarse, regresando de inmediato, haciendo primero un vuelo de exploración por si alguno estuviera por ahí, luego bajaba, miraba a todos lados desconfiada y agachadita se metía al nido. Supe después que sacó como siempre todos sus pichones yéndose con ellos a los bañados.

Para ir de « La Esperanza » a lo de Gibson se toma el camino que, pasando por el cementerio de General Lavalle y por « La Linconia », lleva a la playa de Ajó, tomando antes de llegar allá el que va a la playa del Tuyú.

El día 23, que llovió hasta las 14, aprovechamos con el amigo Runnacles para ver otra enorme colonia de cuervillos, gaviotas y gaviotines. Salimos a las 7, y por dentro de su campo llegamos hasta el juncal, y en una canoa tirada por dos caballos, recorrimos 6 leguas entre los grandes juncales por los cañadones, donde sorprendíamos, haciendo volar de sus nidos, infinidad de aves. La garcita *Ixobrithus involucris*, de hermosos huevos amarillento verdosos, con su nido de juncos puestos de punta como una cesta al costado del juncal; el pato, *Dendrocygna fulva*, que al sentir ruido salía nadando del nido para remontar vuelo y dejaba la estela entre la vegetación flotante, lo que nos conducía de inmediato al lugar del nido, habiendo encontrado algunos hasta con 16 huevos, entre ellos varios del parásito. Otros patos volaban de junto a sus pichones, los que se zambullían escondiéndose en tal forma que era difícil dar con ellos. Había nidos de macá, flotantes, otros grandes y desplayados de gansos y cigüeñas; infinidad de gallaretas, ya vacíos, destacándose los de la *Fulica armillata* por la rampa que le hacen los pichones al volver a dormir al nido, no así las otras dos especies. Era enorme la cantidad de teros reales con pichones de diversos tamaños mezclados con varias especies de chorlos en los lugares de menos agua y donde nos bajábamos de la canoa para no hacerles tanto peso a los pobres caballos. En otros lugares donde el juncal contenía otra vegetación más tupida con sagitarias, enredaderas y espadañas, anidaban los federales, *Amblyramphus holosericeus*, *Agelaius thilius*, *Phloeocryptes melanops*, *Siptornis sulphuriphera*, *Hapalocercus flaviventris*, *Thryolegus curvirostris* y el siete colores de la guna, *Tachuris rubrigaster*. Tuvimos que atravesar los bañados de dos establecimientos colindantes, « El Palenque » y « El Peral », quitando los alambrados de los torniquetes para poder pasar con la canoa y los caballos. « El Peral » era donde se encontraba la colonia, sobre la cañada real vieja. Al llegar a ella desatamos los caballos, los cuales quedaron al cuidado del baqueano, para no estropear los nidos, y con botador nos introducimos en ella.

Aquello era una inmensidad de aves y de nidos; sólo había tres especies: *Plegadis guarauna*, *Larus maculipennis*, y menos cantidad del gavotín *Sterna trudeaui*; cubrían una extensión de 300 metros de ancho por tal vez una legua de largo, todo lo que alcanzaba la vista. El juncal casi todo volteado para hacer los nidos con el mismo material, construídos unos al lado de los otros y mezclados, teniendo que separarlos para que no se cayeran los huevos o pichones chicos, algunos recién nacidos, otros picando la cáscara, otros más grandecitos tirándose por los palos o pasándose a

otros nidos. Cantidades de ellos con huevos del pato parásito; revisamos muchos huevos para ver de encontrarlos poco incubados o hueros, los cuales probábamos sumergiéndolos, y donde noté que el agua de la laguna estaba bastante tibia a pesar de la lluvia que no cesaba y del viento del sudeste.

Los nidos de los cuervillos tenían dos y tres pichones, siempre uno de mucho mayor tamaño que el otro y muchos con un huevo huero o próximo a nacer. Los de gaviota, con un pichón recién nacido y dos huevos; otros con sólo dos pichones y un huevo del pato parásito. Cantidad de pichoncitos



FIG. 3.—Pichones de garza blanca, *C. albus egretta*, en el nido.

de gaviota se tiraban al agua nadando con suma facilidad. Los pichones más chicos del cuervillo se hacían los muertos estirando su largo pescezo al acercarnos al nido. Esa inmensa nube de cuervos y gaviotas revoloteaba y gritaba por sobre nuestras cabezas, sobresaliendo en su alarma los casales de gaviotines que, al igual que los teros, trataban de acosarnos, lo cual nos indicaba que estábamos cerca de sus nidos, y donde efectivamente encontramos con huevos y pichones. Estos, en su primer plumaje, son muy semejantes a los de gaviota por su color y dibujos, diferenciándose solamente en la coloración de pico y patas. El pichón de gaviota tiene el pico y las patas del mismo color ocráceo rosado pálido, mientras que el gaviotín tiene las patas ocráceo verdosas y el pico ocráceo con la punta negra. No hemos encontrado en esa colonia ni un solo nido del otro cuervillo, *Phimosus nudifrons*, cuyo pichón se distingue fácilmente por tener desde chiquito la frente pelada, y de los cuales tengo

ejemplares de Las Flores. También sus huevos se distinguen por su coloración más pálida, siendo los del *P. guarauna* de un azul intenso.

Los huevos del gavotín, aunque casi iguales en coloración al de gaviota, son mucho menores en tamaño. La cantidad de huevos con la cáscara picada, ya próximos a nacer; ese olor especial producido por las deyecciones y fermentaciones, y en un día de fuerte sol ha de ser algo desgradable, pues a pesar de la lluvia lo sentíamos; esa cantidad de miles de nidos juntos y el revoloteo de esa inmensa bandada de aves blancas y negras entremezcladas, era un espectáculo admirable e inolvidable.

Al ver tanto pichón indefenso, en el primer momento me imaginé que aquello podría ser un lugar de festín para las aves rapaces; pero, ¿qué rapaz se atrevería a acercarse a los miles de aves que le saldrían al encuentro, acosándola? Imposible. Como son tantas, mientras unas van bastante lejos en busca de alimentos, otras tantas quedan vigilando, y es por ello que como una defensa anidan en colonias y buscan los lugares más tranquilos y solitarios. Tan es así, que hasta el mismo baqueano que nos acompañaba no sabía que ahí hubiera tal colonia, y nos había encargado huevos frescos de gaviota, que son tan exquisitos como los del tero para comer, al decir de los paisanos, y que no pudimos complacerlo, pues los que había estaban en malas condiciones.

Entramos a las 11 a la colonia, y cuando salíamos de ella eran las 14.30, o sean tres horas y media, que se pasaron sin darnos cuenta, tanto era lo que había que ver, y sin pensar en comer de las viandas que llevábamos, ni en el pobre hombre que nos esperaba cuidando los caballos. El que debió cansarse fué mi amigo Runnacles, que tuvo la ingrata tarea de conducir la pesada canoa a fuerza de botador, pero creo que también por su entusiasmo de aficionado y admirador de nuestras aves estaría bien recompensado al presenciar ese espectáculo estupendo y maravilloso.

He traído algunos pichones de varias especies, para prepararlos en ese estado, y otros que luego llevé a Zelaya para ser criados. Los de gaviotas y cuervillos, como son tan voraces, en 15 días tuvieron un desarrollo notable, no así los chajaes, que crecen lentamente.

De regreso por los mismos lugares, de un nido de la gallareta *Fulica armillata*, que tenía 4 huevos y un pichón, éste se tiró del nido al acercarnos, internándose por los juncos, pero luego lo capturamos y lo traje vivo. Al verle los hermosos colores del pico y la cabeza, lo comparé con la lámina que hay en el trabajo del doctor Dabbene « Notas biológicas sobre Gallaretas y Macás », publicado en los Anales del Museo Nacional, tomo XXVIII. Esta lámina, muy bien ejecutada, se ve que ha sido tomada de un ejemplar disecado, pues ha perdido el hermoso color azul intenso de la región orbitaria y esa coloración que lleva en el escudo debe de continuar hasta la cima de la cabeza en vez de ser amarillo como figura en la lámina. Lo demás está perfectamente.

También en esos bañados anidan los halcones caracoleros *Rostrhamus sociabilis*, que son comunes; y en los campos cercanos el tero común, las cachirlas, *Anthus correndera* y *A. fuscatus*, y el pato *Paecilonita spinicauda*, o barcino, que hace su pequeño nido de pastos y plumas, y que al cercarse uno al nido vuela ensuciando los huevos con sus deyecciones malolientes como una defensa para que no se los arrebaten las personas o ciertos animales.

Según Runnacles, en esos lugares no ha sido visto nunca el batitú *Batrachmia longicauda*, ni el tordo de bañado cabeza canela, *Agelaius ruficapillus*.

En el parque de « La Esperanza » y en los lugares donde hay monte se ven y anidan: el frutero, *Thraupis bonariensis*, *Anumbius anumbi*, el colilargo, *Lepthastenura platensis*, el zorzal, *T. rufiventris*, la tacuarita, el cardenal, *Paroaria cristata*, el carpintero cabeza colorada, *Chrysotilus melanolaemus*, que anida en los talas, y el *Colaptes campestroides*, que llegó a la zona con los postes telegráficos y telefónicos, donde se ven sus cuevas.

En la mansión de « La Esperanza », en la parte alta que forma el techo a dos aguas hay una especie de altillo, con una claraboya abierta a cada lado y piso de madera. Es el lugar favorito de refugio y nidificación del lechuzón, *Tyto tuidara*, desde hace años. Subimos a verlo y tenía sobre el suelo, en un rincón, tres huevos, y el piso estaba cubierto con las pelotillas secas que ellos devuelven de la piel, pelos y huesos de roedores y murciélagos.

Nos contaba una persona, cuyo dormitorio queda debajo de ese altillo, que cuando los lechuzones tenían pichones, los sentía todas las noches cuando les acarreaban alimento a los hijos; en los primeros viajes los golpes que producían sobre el piso saltando hasta llegar al rincón de los hijos eran más acelerados, pero a medida que llegaba la madrugada, ya cansados, los saltos eran más espaciados.

El día 25 a la tarde ya nos encontrábamos en la capital, después de haber pasado tres días inolvidables, trayendo algunos materiales interesantes, muchas observaciones, y sintiendo no disponer de más tiempo para continuar disfrutando del placer que nos proporcionó nuestro consocio y amigo, como también su amable familia, a quienes les quedo reconocido.